

## El sermón más difícil de predicar

¿Cuál es el sermón más difícil de predicar y más difícil de poner en práctica? La respuesta a esta pregunta la tiene Elena G. de White: «El sermón más difícil de predicar y que ofrece más dificultad para ponerlo en práctica es la abnegación. El codicioso pecador, el yo, cierra la puerta al bien que podría hacerse, pero que no se hace porque se invierte el dinero con propósitos egoístas. Pero es imposible que nadie pueda retener el favor de Dios y gozar de comunión con el Salvador, y al mismo tiempo ser indiferente con los intereses de sus semejantes que no tienen vida en Cristo y que perecen en sus pecados. Cristo nos ha dejado un ejemplo admirable de abnegación» (Consejos sobre mayordomía cristiana, cap. 6, p. 31).

¿Qué es ser abnegado? Según la definición que presenta la Real Academia Española, se trata de aquel «que se sacrifica o renuncia a sus deseos o intereses, generalmente por motivos religiosos o por altruismo».

Nos ha tocado vivir en una época en la que los intereses se vuelven cada vez más egoístas, en la que pensamos solo en nosotros y no invertimos en lo espiritual. Elena G. de White señala: «Fuera del egoísta corazón humano, no hay nada que viva para sí. No hay ningún pájaro que surca el aire, ningún animal que se mueve en el suelo, que no sirva a alguna otra vida. No hay siquiera una hoja del bosque, ni una humilde brizna de hierba que no tenga su utilidad. Cada árbol, arbusto y hoja emite ese elemento

de vida, sin el cual no podrían sostenerse ni el hombre ni los animales; y el hombre y el animal, a su vez, sirven a la vida del árbol y del arbusto y de la hoja» (El Deseado de todas las gentes, cap. 1, p. 12).

Mi madre es una mujer piadosa, abnegada, de cuño antiguo. Ella me enseñó la ley de Dios, y fue pionera de la iglesia en una región de Santander. En su madurez, Dios le regaló una hermosa niña. Yo era un adolescente cuando le escuché decir que mientras ella viviera tendría a su hija en el Fondo de Inversión, y que cada día apartaría una ofrenda para Dios. Han pasado muchos años y mi madre sigue fiel a su promesa.

Esta enseñanza marcó mi vida y también la he puesto en práctica. Hoy soy padre de dos hijos, que Dios me regaló, y sigo esta misma costumbre de apartar un dinero para Dios.

Invierto en el banco del cielo; no para pagarle al Creador, sino para agradecerle porque fiel es su promesa (ver Heb. 10: 23).